



**FERNAN-GOMEZ,
AUTOR TEATRAL**

Todo el mundo conoce la personalidad de Fernando Fernán-Gómez como actor y director de cine, teatro y televisión. Pero quizá muchos menos su faceta de autor escénico. «La coartada» —obra que quedó finalista en el último premio Lope de Vega— es buena muestra de ella. Ambientada en la Florencia renacentista del siglo XV, «La coartada» narra la conjura que contra la todopoderosa familia Médici protagonizaron sus enemigos los Pazzi y un importante sector eclesiástico. Junto a la indispensable fidelidad a los hechos históricos, Fernán-Gómez muestra un excelente dominio de la construcción teatral dentro de esta obra que ofrece el último número de TIEMPO DE HISTORIA.



LEALO
EN EL NUMERO 8 DE

TIEMPO de HISTORIA
NOV. 1929-30

**ESTUDIANTES
Y PROFESORES
FRENTE A
LA DICTADURA**

**EL DOCTOR
ALBIÑANA
PRIMER FASCISTA
ESPAÑOL**

tiene pegajosa memoria de arcilla blanda. En ella han quedado grabadas huellas de pisadas humanas, de ademanes, de gestos, de muecas, de rostros que murieron o vivieron de perfil o de frente. En su «manera» de relatar los hechos que vivió como casi adolescente soldado de la República (1) se traduce ese forcejeo de la memoria por expulsar cuanto tiene almacenado, mínimamente condicionada por un orden discursivo, atenta, sobre todo, a salvar de la muerte del olvido todo cuanto puede ayudar a comprender el porqué no ya de una peripecia histórica vista por un científico, sino el porqué de las conductas de seres de carne y hueso inmersos en esa peripecia histórica. De ahí que la trama de **Un soldado de la República** acompañe no a un solo personaje, el narrador Pons Prades, sino a un puñado de muchachos republicanos del Distrito Quinto barcelonés, cada cual con su nivel de compromiso y capacidad de racionalización política. De esta manera, de la memoria de Pons Prades no sale sólo su especial óptica de hijo y nieto de ácratas, sino un ramillete de ópticas unidas por el común sustrato popular. Avalo totalmente lo que apunta la prologuista del libro, Montserrat Roig, cuando dice que Pons Prades «... arrastra sus raíces a lo largo de su biografía». Diría algo más. Cualquier hijo de la clase obrera que, por los caminos que sea, ha conseguido dotarse de mecanismos de expresión (palabras, imágenes, volúmenes), es consciente de que ha contraído un compromiso casi sagrado: emplear el don del lenguaje para recuperar o fijar la imagen, la identidad de una clase social sometida a la conspiración de su propio silencio y del ruido mixtificador.

Desde la escuela ácrata de la calle de la Cera, un recorrido de esperan-

(1) Eduardo Pons Prades, **Un soldado de la República**. G. del Toro, Editor. Madrid.

za y muerte acompaña a Pons Prades y sus amigos del «barrio del Padró» hasta el momento mismo del cruce de la frontera francesa en febrero de 1939, en ese instante en que un joven luchador que aún no ha cumplido veinte años vuelve el rostro hacia el país-sepultura y descubre: «... la imposibilidad moral de deshermanar nuestras vidas de sus muertes...». A lo largo de ese recorrido hemos visto la República y la guerra desde las perspectivas de soldados y ciudadanos de a pie, y, por lo tanto, el canon empleado es el de la simple estatura humana. Desde ese canon se accede a una lógica elemental y a una moral elemental desprovistas de los afeites y tatamientos de belleza épica, en general, que suelen emplear los grandes albaceas testamentarios de su propia honrilla histórica. Desde la estatura del peatón, Pons Prades ve a los amigos de uno en uno y los enemigos también. Le duele la muerte de uno en uno, sean amigos o enemigos; le duele la injusticia de una en una, sea republicana o franquista, y sin abdicar de un compromiso total y final con las fuerzas populares, el autor o los protagonistas de este libro lo empiezan y lo acaban con el propósito de salir garantes de una cruzada por

la «humanización de los conflictos políticos»; es decir, porque no se pierda nunca de vista que cualquier atentado contra la dignidad humana es un atentado contra el único valor convencional que justifica que sea el hombre quien emplee raticidas y no las ratas quienes empleen hombricidas.

Los hechos importantes de esos tres años importantes aparecen en función del papel que desempeñan los protagonistas. Pons Prades ofrece así una imagen real de la participación popular en una guerra que no hicieron solos Negrín, Franco, Rojo, Queipo de Llano o el Cristo de Lepanto. La intención de componer la imagen de un protagonista colectivo es constante en todo lo publicado hasta ahora por el autor de **Los que sí hicimos la guerra** y del estudio sobre la participación de españoles republicanos en la segunda guerra mundial. Eduardo Pons Prades presta nombre y apellidos a un sujeto colectivo que al perder la guerra estuvo a punto de perder las señas de identidad. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

**Una historia
antropológica**

En un país al que se ha forzado a mirarse

más en el pasado que a inquietarse por el porvenir, la Historia ha sido una de las piedras angulares sobre las que ha descansado la ideología oficial. A nivel académico, la Historia venía a ser una disciplina obligada o el umbral sobre el que se comenzaba la iniciación de cualquier ciencia; frecuentemente, en nuestras carreras no hemos pasado de esos niveles históricos en muchas asignaturas cursadas. La Universidad ha estado llena de vacas sagradas de la Historia, casi siempre anecdótica, con sus Reyes y Reinas y las consabidas batallitas. Sin embargo, la evolución de la sociedad española, señalando el cómo y el porqué habían aparecido las fuerzas sociales que configuraban a un conjunto de gentes como una sociedad determinada, con su correspondiente cultura, es algo de lo que nos hemos visto privados.

La operación rescate de los españoles que malhadados incidentes históricos llevaron a dejar de serlo que ha tenido más importancia es la que han promovido un grupo de ellos que se han rescatado a sí mismos con el regreso a una Patria que, desgraciadamente los ignoraba. Tal ha sido el caso de Julio Luelmo, quien con el seudónimo de Mauro Olmedo escribió

